

creo que haya dificultad alguna en admitir una cierta cooperación humana a la obra de salvación. Los mismos teólogos y escrituristas evangélicos hablan en este sentido. Por ejemplo K. G. Steck: «María coopera ciertamente en la encarnación de Dios»¹³.

11. Creo que entre los teólogos evangélicos reina un pánico injustificado al *sinergismo* teológico. Piensan que lo que se concede a la criatura se niega a Dios. Y esto es falso. Precisamente hoy estamos convencidos de que la acción de Dios es la que fundamenta y posibilita la acción propia de la criatura. No hace Dios una parte y la otra parte el hombre, sino que la acción es toda de Dios y toda del hombre. La acción de Dios y la acción del hombre no se interfieren ni se anulan, sino que se exigen y se integran, porque actúan en diverso plano¹⁴.

En el fondo de esta cuestión late una diversa concepción filosófica, como muy bien ha señalado H. Chavannes¹⁵. Los teólogos evangélicos deben caer en la cuenta de que sus dificultades no provienen sólo de la fidelidad a la Biblia, sino de una mentalidad filosófica ajena a la mentalidad bíblica y a la filosofía de hoy. Parten de unos postulados filosóficos o teológicos rígidos que condicionan su interpretación de la Sda. Escritura. Y otro tanto ocurre con los teólogos católicos. Hay quienes quieren ver en la Biblia todos los dogmas y todas las verdades marianas que hoy profesa la Iglesia católica. Esto no es serio. Pero creemos que desde la Biblia no hay más remedio que admitir la cooperación de María a la obra de la salvación, dejando por el momento como opinión teológica cómo se debe explicar esa cooperación.

La maternidad espiritual de María en la doctrina de Juan Pablo II

Por J. Colomina Torner

¹³ K. G. Steck, *Was trennt uns von der römischen Kirche* (Wuppertal-Barmen 1958) p. 23. Otros textos de K. Barth y de K. R. Rengstorf en el mismo sentido en el artículo citado de H. Schütte, p. 121 y notas 19 y 20, p. 137.

¹⁴ Cf. O. Pesch, art. cit., en *Mysterium Salutis*, IV/2, pp. 811 ss.

¹⁵ H. Chavannes, 'La médiation de Marie et la doctrine de la participation', *Eph. Mar.* 24 (1974) 29-47; 'Les implications métaphysiques du caractère permanent du «fiat» dit par la Vierge', *Eph. Mar.* 26 (1976) 143-58.

Cuando el Papa se refiere a María, incluso utilizando otros títulos, suele unirlos al de *Madre*. Y así hablará de «Madre Inmaculada», «Madre Virgen», «Reina y Madre», «Madre asunta al cielo»... y presentará unidas las dos maternidades de la Virgen: la divina y la espiritual, Madre de Dios y Madre nuestra¹.

¿Y eso por qué? Sin duda, porque el Santo Padre siente y vive a María tal como la proclamó Pablo VI el 21-XI-1964, en la clausura de la III etapa del Concilio, a modo de colofón del capítulo VIII de la *Lumen Gentium*:

«...Para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, Nos proclamamos a María Santísima Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores, que la llaman Madre amorosa, y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título.

Se trata de un título, venerables hermanos, que no es nuevo para la piedad de los cristianos; antes bien, con este nombre de Madre y con preferencia a cualquier otro, los fieles y la Iglesia entera acostumbran a dirigirse a María. En verdad pertenece a la esencia genuina de la devoción a María, encontrando su justificación en la dignidad misma de la Madre del Verbo encarnado..., por ser Madre de Aquél que desde el primer instante de la encarnación en su seno virginal se constituyó en Cabeza de su Cuerpo místico, que es la Iglesia. María, pues, como Madre de Cristo, es Madre también de los fieles y de todos los pastores, es decir de la Iglesia»².

Solemne proclamación de la fecunda y amplia maternidad espiritual de la Virgen.

Será el mismo Juan Pablo II quien nos lo recuerde ya en el segundo mes de su pontificado (8-XII-78), hablando en la basílica de santa María la Mayor:

¹ Un grupo de alumnos del Seminario de Toledo ha estudiado detenidamente y en equipo, bajo mi dirección, el mensaje mariano de Juan Pablo II en su viaje a España. Estos son sus nombres: Arteaga G. Javier, Bayone P., César A., Cabello L. Luis, Gonzalo R. Francisco, Nunes E. Vitor, Oropesa L. Domingo, Paz C., José R., Pérez M. David, Pérez G. Francisco de Asís, Sánchez C. José Luis, Salazar S. Fco. Javier, Serra P. Javier, Tejero D. Ramón, Vázquez P. Anselmo, Vázquez G. David, Zalvidea V. Edmundo.

Relacionando esas enseñanzas con las que han precedido y seguido a dicho viaje creen haber hallado una especial insistencia papal en el tema de la *maternidad espiritual* de María, que viene a ser como el hilo conductor que ensambla y polariza otros temas. Sin duda será útil exponer sumariamente el resultado de este trabajo, por su contenido y su elaboración.

² Ver texto en *Ecclesia*, ns. 1220-21 (28-XI y 5-XII, 1964).

«Mientras cruzo el umbral de la basílica de santa María la Mayor por vez primera como Obispo de Roma, se me presenta ante los ojos el acontecimiento que viví aquí, en este mismo lugar, el 21 de noviembre de 1964. Era la clausura de la III Sesión del Concilio Vaticano II, después de la solemne proclamación de la Constitución dogmática sobre la Iglesia, que comienza con las palabras *Lumen gentium*. Ese mismo día el papa Pablo VI había invitado a los Padres conciliares a encontrarse precisamente aquí, en el más venerado templo mariano de Roma, para manifestar el gozo y la gratitud por la obra terminada aquel día.

La Constitución *Lumen gentium* es el documento principal del Concilio... El último capítulo de esta Constitución lleva como título «La Santísima Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia». Pablo VI, hablando aquella mañana en la basílica de san Pedro, con el pensamiento fijo en la importancia de la doctrina expresada en el último capítulo de la Constitución *Lumen gentium*, llamó por primera vez a María «Madre de la Iglesia». La llamó así de modo solemne, y comenzó a llamarla con este nombre, con este título; pero, sobre todo, a invocarla para que participase como Madre en la vida de la Iglesia, de esta Iglesia que durante el Concilio tomó conciencia más profunda de su propia naturaleza y de su propia misión.

Para dar mayor realce a la citada expresión, Pablo VI, junto con los padres conciliares, vino precisamente aquí, a la basílica de Santa María la Mayor...

También yo vengo aquí siguiendo las huellas de este gran predecesor, que fue para mí un verdadero padre»³.

De las palabras citadas de Juan Pablo II entresacamos éstas: «Madre en la vida de la Iglesia». Frase que se desprende, igual que el título proclamado por Pablo VI, del capítulo VIII de la *Lumen gentium*, especialmente de los números 61 y 62, que presentan a María como Madre y Mediadora. Es, pues, la doctrina tradicional, aunque nuevamente formulada por el Concilio, lo que lleva al Papa actual a verse como hijo de la Madre celeste y a pensar en la Iglesia como hija que recibe el influjo de su «misión salvadora» «hasta la consumación perpetua de todos los elegidos»⁴, que pone a cada hombre en este mundo bajo el amparo maternal de María.

Claramente nos da esta misma doctrina en el núm. 22 de su primera encíclica «Redemptor hominis», cuando afirma: «...la Iglesia siempre, y en especial, en estos tiempos, tiene necesidad de una Madre. Debemos una gratitud particular a los Padres del C. Vaticano II, que han expresado esta verdad en la Constitución *Lumen gentium* con la rica doctrina contenida en ella. Dado que Pablo VI, inspirado por esta doctrina, proclamó a la Madre de Cristo «Madre de la Iglesia», y dado que tal denominación ha encontrado una gran resonancia, sea permitido también a su indigno sucesor dirigirse a María

³ Cf. *Juan Pablo II habla de la Virgen* (Eunsa, Pamplona 1982) pp. 59 ss. (Citaré siempre por este libro los temas marianos que toca el Papa antes de su visita a España, por presentarlos ya recopilados y fácilmente accesibles al lector).

⁴ Cf. *Lumen Gentium*, 62.

como Madre de la Iglesia... María es Madre de la Iglesia porque en virtud de la inefable elección del mismo Padre eterno y bajo la acción particular del Espíritu de Amor, ella ha dado la vida humana al Hijo de Dios... Su propio Hijo quiso explícitamente extender la maternidad de su Madre —y extenderla de manera fácilmente accesible a todas las almas y corazones— confiando a ella desde lo alto de la cruz a su discípulo predilecto, como hijo... Todas las generaciones de discípulos y de cuantos confiesan y aman a Cristo —al igual que el apóstol Juan— acogieron espiritualmente en su casa a esta Madre, que... desde la Anunciación quedó inserta en la Historia de la salvación y en la misión de la Iglesia»⁵.

Si se nos pregunta cuándo empezó el Papa a nombrar a María con el título de *Madre*, diremos que desde el primer instante en que habló como Pontífice:

«He sentido miedo —afirmaba la mañana del 16-X-78— al recibir esta designación, pero lo he hecho con espíritu de obediencia a Nuestro Señor Jesucristo y con plena confianza en su Madre santísima... Y así me presento a todos vosotros para confesar nuestra fe común, nuestra confianza en la Madre de Cristo y de la Iglesia»⁶.

Dos veces la palabra *madre*, señalando la maternidad divina y la maternidad espiritual; y dos veces la palabra *confianza*, expresando la suya propia y la de toda la Iglesia en María, como Madre. Y al día siguiente lo repetía en su primer mensaje al mundo, al exponer las líneas programáticas de su pontificado:

«En esta gran hora que hace temblar no podemos dejar de dirigir, con filial devoción, nuestra mente a la Virgen María, que siempre vive y actúa como Madre en el misterio de Cristo y de la Iglesia..., repitiendo las dulces palabras «totus tuus» —todo tuyo—, que hace veinte años escribimos en nuestro corazón y en nuestro escudo, con motivo de nuestra ordenación episcopal...»⁷.

1. FUNDAMENTO BIBLICO-TEOLÓGICO DE ESTA MATERNIDAD

Deduca el Papa la Maternidad espiritual de María de los datos de la revelación. Y aunque la mayoría de las veces el Papa no se entretiene en fundamentar los dogmas, cosa por otra parte suficientemente hecha o que se va haciendo con el correr de los años por la teología, sino en dar fundamento sólido a la piedad mariana desde los dogmas, no obstante, encontramos doctrina teológica suficiente en Juan Pablo II sobre la Maternidad espiritual de María. Baste como muestra lo siguiente:

a) *Homilía pronunciada por el Papa en Piacenza el 2 de julio de 1979*. Decía en aquella ocasión: «Tenemos... ante nuestros ojos

⁵ Cf. *Juan Pablo II habla...*, pp. 95-96.

⁶ *Ibid.*, p. 51.

⁷ *Ibid.*, pp. 51-52.

la escena... descrita por el Evangelista San Juan: estamos en el Monte Calvario, hay una cruz, en la que está clavado Jesús; y está, allí al lado, la Madre de Jesús, rodeada de algunas mujeres, está también el discípulo predilecto, Juan precisamente. El moribundo habla, con la respiración afanosa de la agonía: «¡Mujer, he ahí a tu hijo!». Y luego, dirigiéndose al discípulo: «¡He ahí a tu Madre!». La intención es evidente: Jesús quiere confiar su Madre a los cuidados del discípulo amado.

¿Solamente esto? Los antiguos Padres de la Iglesia entrevieron a través de este episodio, aparentemente tan sencillo, un significado teológico más profundo. Ya Orígenes identifica al Apóstol Juan con cada uno de los cristianos y, después de él, se hace cada vez más frecuente la cita de este texto para justificar la maternidad universal de María.

Es una convicción que tiene un preciso fundamento en el dato revelado: ¿cómo no pensar, efectivamente, al leer este pasaje, en las palabras misteriosas de Jesús durante las bodas de Caná (cf. Jn 2, 4) cuando, a petición de María, El responde llamándola «mujer» —como ahora— y aplazando el comienzo de la pasión, es decir, su «hora», como El solía llamarla? (cf. Jn 7, 30; 8, 20; 12, 17; 13, 1; Mc 14, 35, 41; Mt 26, 45; Lc 22, 53).

María es plenamente consciente de la misión que le ha sido confiada: la encontramos en los comienzos de la vida de la Iglesia, junto con los discípulos que se están preparando al eminente acontecimiento de Pentecostés... En esa narración de Lucas, el nombre de Ella destaca entre los de las otras mujeres; la comunidad primitiva, reunida «en el piso superior» se estrecha en oración en torno a Ella, que es «la Madre de Jesús», como para buscar protección y consuelo frente a las incógnitas de un futuro lleno de amenazadoras sombras.

El ejemplo de la comunidad cristiana de los primeros tiempos es paradigmático: también nosotros, en las vicisitudes, aún tan diversas, de nuestro tiempo, no podemos hacer nada mejor que recogernos en torno a María, reconociendo en Ella la Madre de Cristo, del Cristo total, es decir de Jesús y de la Iglesia; la Madre»⁸.

Fundamenta el Papa aquí la maternidad espiritual de María en dos bases sólidas: la Escritura y la Tradición dogmática. Hay que añadir la enseñanza ordinaria del Magisterio de la Iglesia, especialmente del pontificado en los últimos dos siglos, y el «sensus fidelium». Todo ello, sin necesidad de solemnes definiciones, presta a la creencia en la maternidad espiritual de la Virgen la solidez de una verdad de fe.

b) *Carta del Santo Padre. Al Episcopado de la Iglesia Católica con ocasión del 1600 aniversario del Concilio I de Constantinopla y*

⁸ Ibid., pp. 140-41.

del 1550 aniversario del Concilio de Efeso (25-3-81). Escribía el Papa: «...El Concilio de Efeso tuvo pues un valor sobre todo cristológico, definiendo las dos naturalezas en Jesucristo, la divina y la humana... Y en la misma profunda conexión con el valor de aquellas verdades definidas dogmáticamente estaba también la verdad que se refiere a la Santísima Virgen, llamada a la única e irrepetible dignidad de Madre de Dios, de 'Theotokos'...». Después de esto fundamentará el Papa la Maternidad espiritual de María desde y por su Maternidad divina: «Esta maternidad no sólo es fuente y fundamento de toda la santidad excepcional de María y de su participación tan particular en toda la economía de la salvación, sino que establece también una relación materna permanente con la Iglesia, derivada del hecho mismo de que ella fue escogida por la Santísima Trinidad como Madre de Cristo, el cual es «la Cabeza del Cuerpo, es decir de la Iglesia» (Col 1, 18). Esta relación —nos volverá a decir el Papa— se revela particularmente bajo la cruz, donde María «sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de madre a su sacrificio, ...fue dada por el mismo Cristo Jesús agonizante en la cruz como madre al discípulo con estas palabras: «Mujer, he ahí a tu hijo» (cf. Jn 19, 26-27) (*Lumen gentium*, n. 58)⁹. Tenemos aquí otras dos bases que fundamentan la Maternidad espiritual de María: una verdad dogmática: la Maternidad divina, y un dato de la Escritura: Jn 19, 26-27.

c) *Homilía en Santa María la Mayor (8-12-79)*¹⁰. Aquí el Papa partiendo de Efesios 1, 4: «En El nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante El», nos habla de un «Adviento eterno», «cuyo comienzo se encuentra en Dios mismo 'antes de la creación del mundo', porque ya la 'creación del mundo' fue el primer paso de la venida de Dios al hombre, el primer acto del Adviento. (...) En este Adviento eterno está presente María... Y así Ella, mejor que cualquier otro entre los hombres 'predestinados por el Padre' a la dignidad de sus hijos e hijas adoptivos, ha sido predestinada de modo especialísimo 'para alabanza y gloria de su gracia', que el Padre 'nos ha dado', en El, su Hijo querido (cf. Ef 1, 6).

La gloria sublime de su gracia especialísima debía ser la Maternidad del Verbo Eterno... De este modo María se inserta en ese primer Adviento de la Palabra, que predispuso el Amor del Padre para la creación y para el hombre».

Después nos habla también de un «segundo Adviento» que tiene carácter histórico: «Se realiza en el tiempo entre la caída del primer hombre y la venida del Redentor... (Efectivamente) cuando se manifestó el primer pecado... entonces también Dios reveló por vez

⁹ Ibid., pp. 290-92.

¹⁰ Ibid., p. 200.

primera al Redentor del mundo, preanunciando también a su Madre. Esto sucedió... en... el 'Proto-Evangelio'... De este modo, María está presente en ese segundo adviento histórico desde el comienzo.

Pero, hay un tercer Adviento, del que también nos habla el Papa, y que se cumple con la venida de Cristo. Y «María es el comienzo del tercer Adviento, porque por Ella viene al mundo el que realiza esa elección eterna que hemos leído en la Carta a los Efesios... María es el comienzo de este tercer Adviento y permanece continuamente en él siempre presente (Cf. Capítulo VIII de la Constitución «Lumen gentium»)... Como el segundo Adviento nos acerca a Aquella cuyo Hijo debía «aplastar la cabeza de la serpiente», así el tercer Adviento no nos aleja de Ella, sino que nos permite permanecer continuamente en su presencia, acercarnos a Ella...

La diferencia está en el hecho de que ya conocemos a la Mujer (del 'Proto-Evangelio') por su nombre. Es la Inmaculada Concepción. Es conocida por su virginidad y por su maternidad. Es la Madre de Cristo y de la Iglesia, Madre de Dios y de los hombres: María de nuestro Adviento».

Es indudable que aquí nos presenta el Papa a María como Madre en la Historia de la Salvación: predestinada por Dios desde toda la eternidad para que cada uno de nosotros, cada hombre tenga su propio Adviento y se convierta, por esta Madre que nos trae a su Hijo, en santo e inmaculado como señala la Carta a los Efesios en 1, 4 antes citada. Es una Madre que nos trae la salvación en el Salvador según el plan eterno del Padre. Y a una necesidad de salvación continua, corresponde un Adviento particular continuo en cada hombre y una atención maternal de María constante.

Si atendemos a los discursos de los viajes realizados por el Papa antes de su visita a España (igual que si lo hacemos a los que han seguido a su estancia entre nosotros) lo encontraremos hablando continuamente de María como Madre. No cabe duda que es algo que lleva profundamente en su vivencia cristiana.

Lo vemos en su primer viaje, el realizado a México a finales de enero del año 1979. Ya en la última Audiencia General anterior a su partida a México, el 24-1-79, la nombrará «Madre de Dios de Guadalupe».

Y en México, en la oración que dirigió a la Virgen de Guadalupe la titulará: «¡Oh Virgen Inmaculada, Madre del verdadero Dios y Madre de la Iglesia... Madre de misericordia, Maestra del Sacrificio escondido... Señora y Madre nuestra... Virgen de Guadalupe, Madre de las Américas... Virgen Santa María, Madre del Amor Hermoso... y finalmente, Madre Santísima¹¹. Como indicábamos al principio, une el Papa el título de Madre a otros títulos propios también de María, presentando unidas la Maternidad divina y la espiritual.

11 Ibid., pp. 79-81.

En la homilía inaugural de la III Conferencia General del E.L. en Guadalupe, el 27-1-79, hablará primero de su Maternidad divina titulándola: «Madre del Verbo, Madre de la Divina Sabiduría, Madre del Hijo de Dios. ¡Salve, Madre de Dios!»¹². Continuará con la Maternidad espiritual: «...Tú, Madre de Guadalupe, entras de modo determinante en la vida cristiana del pueblo de México. No menor ha sido tu presencia en otras partes, donde tus hijos te invocan con tiernos nombres... Este Pueblo (el mexicano) —e indirectamente todo este inmenso Continente— vive su unidad espiritual gracias al hecho de que Tú eres la Madre. Una Madre que, con su amor, crea, conserva, acrecienta espacios de cercanía entre sus hijos.

¡Salve, Madre de México!

¡Madre de América Latina!¹³.

Y al tratar de elegir otro viaje del Papa para examinar sus discursos, nos hemos negado a nosotros mismos, dejando el de Polonia e Irlanda; y que pensando en los Santuarios de la Virgen de Jasna Gora o de Ntra. Sra. de Knock, y en la tradición milenaria de devoción mariana de ambos países, entresacar lo que sobre la Maternidad espiritual dijo el Papa en diferentes lugares y ocasiones sería largo¹⁴. Por esto hemos elegido el viaje a Estados Unidos donde, aparentemente sin tantos motivos, sigue el Papa presentando la figura de María como Madre espiritual. Así decía a los religiosos reunidos en Chicago el 4-10-79: «Que la Virgen, Madre de la Iglesia y ejemplo de vida consagrada, os consiga la alegría y el consuelo de su Hijo Cristo»¹⁵. Y a las religiosas, tres días después, reunidas en Washington: «...Me complace especialmente que os hayáis reunido en el santuario nacional de la Inmaculada Concepción, porque la Virgen María es modelo de la Iglesia, Madre de los fieles y ejemplo perfecto de vida consagrada...»¹⁶.

2. LA DOCTRINA SOBRE LA MATERNIDAD ESPIRITUAL EN EL VIAJE DEL PAPA A ESPAÑA

Cabe preguntarnos, si también en España ha seguido el Papa presentando la figura de María como Madre, como Madre espiritual.

En el primer discurso, que dirigió a los obispos de la Conferencia Episcopal Española, les hablaba de que era para él «motivo particular de esperanza... la sólida devoción que este pueblo (el español)

12 Ibid., p. 84.

13 Ibid., p. 85.

14 Muy importante la homilía pronunciada (30-9-79) en el santuario de Knock (Irlanda). Ver *Juan Pablo II...*, pp. 153-62; los varios mensajes en Polonia (Ibid., pp. 114-37).

15 Ibid., p. 163.

16 Ibid.

con sus pastores al frente, profesa, privada y públicamente, a la Madre de Dios y Madre nuestra»¹⁷.

En el discurso al Congreso Mariano Internacional de Zaragoza (12-10-79) cuando se dirigía a los españoles nos titulaba a María, Madre de Dios y Virgen, título este último tan español. Y al final del discurso exhortaba a que «la devoción a la Virgen deba proceder de la fe verdadera por la que somos movidos a reconocer las excelencias de la Madre de Dios, a amarla con piedad de hijos y a imitar sus virtudes»¹⁸.

Fue el Acto Mariano Nacional de Zaragoza (6-11-82) el que sirvió a Juan Pablo II para dar a los españoles el fundamento de la Maternidad espiritual de la Virgen Santísima: «Y para que nuestra fraternidad con El fuera completa, quiso ulteriormente que su Madre Santísima fuera nuestra Madre espiritual. Esta maternidad, para que no quedara reducida a un mero título jurídico, se realizó, por voluntad de Cristo, a través de una colaboración de María en la obra de Jesús; es decir, 'en la restauración de la vida sobrenatural de las almas' (*Lumen gentium*, 61).

Un padre y una madre acompañan a sus hijos con solicitud. Se esfuerzan en una constante acción educativa. A esta luz cobran su pleno sentido las voces concordes del Padre y de María: escuchad a Jesús, haced lo que El os diga. Es el consejo que cada uno de nosotros tiene que asimilar...

María, por su parte, es ejemplo supremo de esta actitud. Al anuncio del ángel responde con un sí incondicionado: 'He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra' (Lc 1,38). Ella se abre a la palabra eterna y personal de Dios, que en sus entrañas tomará carne humana. Precisamente esta acogida la hace fecunda: Madre de Dios y Madre nuestra, porque es entonces cuando comienza su cooperación a la obra salvadora»¹⁹. El Papa presenta con toda claridad la Maternidad espiritual de María desde su «fiat».

Es una Madre, que nos ha sido dada por Cristo, según nos indicaba el Papa en la Alocución del acto eucarístico de la Adoración Nocturna Española (31-10-82), como nuestra «para que nos enseñe a meditar y adorar en el corazón, Ella, (que) recibiendo la Palabra y poniéndola en práctica, se hizo la más perfecta Madre»²⁰. Y nos invitaba a todos en la homilía pronunciada en la barriada de Orcasitas (Madrid) (3-11-82), a permanecer cerca de la Madre, pues, «Ella —decía el Papa— que engendró en su seno virginal a Nuestro

17 En Madrid, el 31-10-82. Cf. *Mensaje de Juan Pablo II a España* (BAC, Madrid 1982) p. 18. (Citaré las referencias del Papa en su viaje a España por este libro, también por su fácil accesibilidad al lector).

18 Cf. *Juan Pablo II...*, p. 169.

19 Cf. *Mensaje de Juan Pablo II...*, p. 180.

20 *Ibid.*, p. 26.

Señor y Salvador, lo engendrará igualmente en vuestras almas si pedís confiadamente su ayuda»²¹.

El Papa ha afirmado en varias ocasiones que la fuente de todos los privilegios de María, es el sumo privilegio que Dios le ha concedido de tenerla por Madre suya. Nos hablará en España de dos verdades de nuestra fe en relación con la Madre de Dios: su Inmaculada Concepción y su Virginitad perpetua. Y por esto recordaba a los Obispos españoles en la Casa de la Iglesia el 31-10-83, la fe de los españoles en estos dogmas: «Perteneceís a una tierra que supo defender siempre con la fe, con la ciencia y la piedad las glorias de María: desde su concepción inmaculada hasta su gloriosa ascensión en cuerpo y alma a los cielos, pasando por su perpetua virginitad»²².

a) *Maternidad purísima*. En el acto Mariano de Zaragoza reconocía el Papa y nos traía a la memoria lo siguiente: «El amor mariano ha sido en vuestra historia fermento de catolicidad. Impulsó a las gentes de España a una devoción firme y a la defensa intrépida de las grandezas de María, sobre todo en su Inmaculada Concepción. En ello porfiaban el pueblo, los gremios, cofradías y claustros universitarios, como los de esta ciudad (Zaragoza), Barcelona, Alcalá, Salamanca, Granada, Baeza, Toledo, Santiago y otros»²³.

b) *Maternidad virginal*. «Para iluminar la fe de los católicos españoles de hoy, los obispos de esta nación y la misma Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe recordaban el sentido realístico de esta verdad de fe (cf. Nota del 1 de abril de 1978). De modo virginal 'sin intervención de varón y por obra del Espíritu Santo' (*Lumen gentium*, 63), María ha dado la naturaleza humana al Hijo eterno del Padre. De modo virginal ha nacido de María un cuerpo santo, animado de un alma racional, al que el Verbo se ha unido hipostáticamente». Esto afirmaba el Papa después de haber dicho que «el hecho de que la primera gran afirmación mariana española haya consistido en una defensa de la virginitad de María ha sido decisivo para la imagen que los españoles tienen de Ella, a quien llaman 'la Virgen', es decir la Virgen por antonomasia». Como ejemplo de un insigne defensor de la Virginitad perpetua de María había citado Juan Pablo II a San Ildefonso de Toledo por su obra «De Virginitate perpetua Sanctae Mariae».

Tenemos que decir que es en los discursos del Papa en España donde más utiliza el título de *Virgen* para María junto con el de Madre, llamándola así por ser el título más común en España en toda su tradición mariana.

Y al hablar de los peregrinos que visitan el Pilar de Zaragoza

21 *Ibid.*, p. 111.

22 *Ibid.*, p. 18.

23 *Ibid.*, p. 178.

dirá que «son muchedumbres de hijos de la Virgen, que llegan a orar ante su imagen»²⁴. Presenta de esta manera a los fieles como hijos de una Madre Virgen.

En el camino que los hombres han de recorrer según una vivencia evangélica tienen con ellos a María Madre. Esta es la gran confianza de Juan Pablo II. Es Ella, nuestra Madre la que nos lleva por el bienaventurado camino de la ley evangélica, que quiere convertir a los hombres en misericordiosos, pobres de espíritu, limpios de corazón²⁵. Por eso les indicaba a los jóvenes españoles reunidos en el Estadio *Santiago Bernabéu*, cuando les presentaba un programa de vida según las bienaventuranzas para vencer el mal con el bien, que debía ser María Santísima, la Madre de Cristo y nuestra, la que los introdujera en ese camino de las bienaventuranzas, y pedía que estuvieran siempre acompañados «por la Madre común, la Virgen María»²⁶.

Muchas son las tareas que lleva a cabo esta Madre para acompañarnos en nuestra vida cristiana. De los discursos del Papa en España entresacamos algunas. Nos habla Juan Pablo II de una Madre que nos enseña a meditar y adorar en el corazón a Dios²⁷; que nos hace dulce la cruz y nos otorga en cualquier circunstancia de nuestra vida, esa alegría y paz inalterables, que sólo el Señor puede dar²⁸; que nos hace los amigos fieles del amigo fiel²⁹; que engendra a su Hijo en nuestras almas³⁰; que interviene, como Madre que es, con solicitud y delicadeza³¹; que nos consuela y alienta³²; que abraza en el Hijo a todos sus hijos³³; que colabora por su Maternidad espiritual en la obra salvadora de Cristo en beneficio de todos sus hijos³⁴.

Y como Madre es también Maestra³⁵, modelo y ejemplo para todos nosotros. La presenta el Papa como modelo de escucha a la Palabra de Dios, en acoger a Cristo³⁶; en la entrega al Señor y a su

24 Ibid., pp. 177-78.

25 Mt 5, 1 ss.

26 Cf. *Mensaje de Juan Pablo II...*, p. 118.

27 A la Adoración nocturna española. Cf. *Mensaje...*, p. 26.

28 A los Religiosos en la Parroquia de Ntra. Sra. de Guadalupe (2-11-82). Cf. *Mensaje...*, p. 87.

29 A los sacerdotes y seminaristas, en Moncada (8-11-82). Cf. *Mensaje...*, p. 234.

30 Homilía en Orcasitas. Cf. *Mensaje...*, p. 111.

31 Discurso en Montserrat. Cf. *Mensaje...*, p. 189.

32 A las Religiosas y miembros de Institutos femeninos (8-11-82). Cf. *Mensaje...*, p. 242.

33 Discurso en Montserrat (7-11-82). Cf. *Mensaje...*, p. 189.

34 'Alocución en el acto mariano de Zaragoza (6-11-82)'. Cf. *Mensaje...*, p. 180.

35 Discurso en Montserrat. Cf. *Mensaje...*, p. 188.

36 'Alocución a la Adoración nocturna', y 'Alocución en el acto mariano de Zaragoza'. Cf. *Mensaje...*, pp. 26 y 180.

misión³⁷; de fe y de virtudes³⁸; de las almas contemplativas³⁹. Es esta Madre el ejemplo del peregrino, es decir, del fiel cristiano, que durante esta vida va caminando hacia el cielo⁴⁰. Es ejemplo y modelo de fidelidad al Señor⁴¹.

La Maternidad espiritual de María, la ha presentado el Papa en España, como en otros sitios, en los diferentes estados y situaciones del cristiano⁴². Ha recordado a todos la presencia de la Madre, y la actitud filial y de confianza para con Ella.

37 A los Religiosos... (2-11-82). Cf. *Mensaje...*, p. 87.

38 Homilía en Ntra. Sra. de Guadalupe (4-11-82). Cf. *Mensaje...*, p. 125.

39 A las Religiosas de clausura (1-11-82). Cf. *Mensaje...*, p. 32.

40 'Alocución en Montserrat'. Cf. *Mensaje...*, p. 191.

41 Mensaje a los seminaristas (8-11-82). Cf. *Mensaje...*, p. 232.

42 Aquí podríamos escoger frases y estímulos del Papa en sus discursos a los jóvenes, enfermos, ancianos, religiosos, religiosas, seglares, sacerdotes, misioneros, peregrinos, familias... Siempre suele haber una referencia a la ayuda de María.

A modo de ejemplo, antes de su viaje a España, en sus palabras a jóvenes: 'Alocución en Roma (17-12-79)', en *Juan Pablo II habla...*, p. 66; 'Alocución en San Pedro (10-1-79)', *ibid.*, pp. 71-72; 'Alocución en Guadalajara (México)', *ibid.*, p. 87; 'Alocución general', *ibid.*, p. 105; 'Audiencia general', *ibid.*, pp. 106-7; 'Ángel en Pompeya (21-10-79)', *ibid.*, p. 183; 'A los universitarios de Manila (18-2-81)', *ibid.*, p. 168; 'A los jóvenes del «Rosario viviente» (7-5-81)', *ibid.*, p. 298; 'A los jóvenes en Brescia (26-9-82)', en *Documentación Palabra*, n. 303, 8; 'Homilía en la 7ª Tendópolis mariana (8-8-82)', *ibid.*, n. 222.

Sobre el dolor humano: 'Ángelus (29-7-79)', en *Juan Pablo II habla...*, p. 143; 'A los enfermos en Pompeya (21-10-79)', *ibid.*, p. 183; 'Homilía en la fiesta de la Virgen de Lourdes (11-2-80)', *ibid.*, p. 210 ss.; 'Radiomensaje desde el Policénico Gemelli (24-5-81)', *ibid.*, p. 301; 'Homilía en la fiesta de la Virgen de Lourdes (11-2-82)', *ibid.*, p. 284.

Y pasando por alto otras hermosas referencias marianas sobre este tema que ha ido sembrando el Papa, después de su Visita a España, recogeremos sólo las expresivas frases de su Carta Apostólica 'Salvifici doloris', en *Documentación Palabra* (1984) n. 39, VI: «Es ante todo consolador —como es evangélica e históricamente exacto— notar que al lado de Cristo, en primerísimo y muy destacado lugar junto a El, está siempre su Madre santísima por el testimonio ejemplar que con su vida entera da a este particular evangelio del sufrimiento. En Ella los numerosos e intensos sufrimientos se acumularon en una tal conexión y relación que si bien fueron prueba de su fe inquebrantable, fueron también una contribución a la redención de todos. En realidad, desde el antiguo coloquio tenido con el ángel, Ella entrevió en su misión de madre el destino a compartir de manera única e irrepetible la misión misma del Hijo. Y la confirmación de ello le vino bastante pronto tanto de los acontecimientos que acompañaron el nacimiento de Jesús en Belén, cuanto del anuncio formal del anciano Simeón, que habló de una espada muy aguda que le traspasaría el alma, así como de las ansias y estrecheces de la fuga precipitada a Egipto, provocada por la cruel decisión de Herodes.

Más aún después de los acontecimientos de la vida pública y oculta de su Hijo, indudablemente compartidos por Ella con aguda sensibilidad, fue en el Calvario donde el sufrimiento de María santísima, junto al de Jesús, alcanzó un vértice ya difícilmente imaginable en su profundidad desde el punto de vista humano, pero ciertamente misterioso y sobrenaturalmente fecundo para los fines de la salvación universal. Su subida al Calvario, su «estar» a los pies de la cruz junto con el discípulo amado, fueron una participación del todo especial en la muerte redentora del Hijo, como por otra parte las palabras que pudo

A los Obispos de la Conferencia Episcopal les decía: «Perteneceís a una tierra que supo defender con la fe, con la ciencia y la piedad las glorias de María... Mientras sea este vuestro distintivo, estáis en buenas manos. No habéis de temer»⁴³.

A los Sacerdotes, en la ordenación sacerdotal de Valencia: «La Virgen María, que Valencia venera con el dulce título de Madre de los Desamparados, se incline con amor sobre vosotros y os haga fieles discípulos del Señor. Acogedla como Madre, como Juan la acogió al pie de la Cruz (cfr. Jn 19, 26-27). Que en la gracia del sacerdocio cada uno de vosotros pueda decirse también de Ella «totus tuus»⁴⁴.

Y en el seminario de Moncada: «Al levantar mis brazos para bendeciros, quiero alargarlos para abrazaros a todos, como padre y hermano. Para pedir a nuestra Madre común, la Madre de Jesús y nuestra, que Ella os haga los amigos fieles del amigo fiel»⁴⁵.

A los seminaristas, en el documento escrito que nos dirigió: «No olvidéis, además que fue desde la cruz desde donde Jesús entregó como Madre, al discípulo amado, su propia Madre; y en él especialmente a todos los futuros sacerdotes y apóstoles. No podréis llegar a ser verdaderos sacerdotes según el Corazón de Jesús si no tomáis como Madre a María, que, precisamente al pie de la cruz, corrobora definitivamente su fidelidad virginal y materna». «Que la Madre de Jesús —continúa más adelante el Papa—, Madre sacerdotal y Reina de los Apóstoles, esté siempre con vosotros, ya desde ahora, en vuestros años de preparación para el ministerio, y os ayude a convertirlos en testigos de Cristo para todas las gentes, 'como aquellos que salieron del Cenáculo de Jerusalén el día de Pentecostés' (*Redemptor hominis*, 22). No temáis; Ella os acompañará en vuestro futuro ministerio, como acompañó a los primeros apóstoles con su afecto materno y con su intercesión.

escuchar de sus labios, fueron como una entrega solemne de este típico Evangelio que hay que anunciar a toda la comunidad de los creyentes.

Testigo de la pasión de su Hijo con su *presencia* y partícipe de la misma con su *compasión*, María santísima ofreció una aportación singular al evangelio del sufrimiento, realizando por adelantado la expresión paulina citada al comienzo (*Suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia*, Col. 1, 24)...

El divino Redentor quiere penetrar en el ánimo de todo paciente a través del Corazón de su Madre santísima, primicia y vértice de todos los redimidos. Como continuación de la maternidad que por obra del Espíritu Santo le había dado la vida, Cristo moribundo confirió a la siempre Virgen María una *nueva maternidad* espiritual y universal —hacia todos los hombres, a fin de que cada uno, en la peregrinación de la fe, quedara, junto con María, estrechamente unido a El hasta la cruz, y cada sufrimiento, regenerado con la fuerza de esta cruz, se convirtiera, desde la debilidad del hombre, en fuerza de Dios».

43 Cf. *Mensaje...*, p. 18.

44 Cf. *Mensaje...*, p. 221.

45 Cf. *ibid.*, p. 234.

Que la Virgen fiel os ayude a confirmar vuestros compromisos y a cumplirlos hasta el final, en esta 'nueva etapa de la vida de la Iglesia' que 'exige de nosotros una fe particularmente consciente, profunda y responsable' (*Redemptor hominis*, 6)⁴⁶.

A los religiosos y miembros de Institutos seculares masculinos: «Mantened siempre... una tierna devoción a la Santa Madre de Dios. Vuestra piedad para con Ella debe conservar la sencillez de los primeros momentos. Que la Madre de Jesús, que también es Madre nuestra, modelo de la entrega al Señor y a su misión, os haga dulce la cruz y os otorgue, en cualquier circunstancia de vuestra vida, esa alegría y paz inalterables que sólo el Señor puede dar»⁴⁷.

A las religiosas y miembros de Institutos seculares femeninos: «Desde el primer momento, la Iglesia puso en su propio centro a la Madre de Jesús, alrededor y en compañía de la cual los apóstoles perseveraron en la oración, esperaron y recibieron el Espíritu Santo. Sabed también vosotras perseverar así; recibiendo y transmitiendo a los hermanos el Espíritu Santo y edificando de ese modo la Iglesia. Que Ella os acompañe, consuele y aliente siempre con sus cuidados maternales»⁴⁸.

A las religiosas contemplativas: «Y os encomiendo a la Madre Santísima, modelo de las almas contemplativas, para que os haga, desde la cruz y gloria de su Hijo, alegre donación de la Iglesia»⁴⁹.

Y en la oración que dirigió a la Virgen del Pilar al final del Acto Mariano Nacional en Zaragoza encomendaba así el Papa a los consagrados por la vocación religiosa: «Te encomiendo la fidelidad y abnegación de los ministros de tu Hijo, la esperanza de quienes se preparan para ese ministerio, la gozosa entrega de las vírgenes del claustro, la oración y solicitud de los religiosos y religiosas, la vida y empeño de cuantos trabajan por el reino de Cristo en estas tierras»⁵⁰.

A los misioneros: «Que la Madre de Jesús y de la Iglesia acompañe siempre vuestros pasos»⁵¹.

A los jóvenes: «Haced la experiencia de... amistad con Jesús... María Santísima, su Madre y nuestra, os introduzca, en ese camino... Acompañados siempre por la Madre común, la Virgen María»⁵².

A los ancianos: «Que la Virgen Santísima de los Desamparados proteja a todas las personas de la tercera edad de España, sobre todo a las que más necesidad tienen de amparo. E inspire sentimientos

46 Cf. *ibid.*, p. 232.

47 Cf. *ibid.*, p. 87.

48 Cf. *ibid.*, p. 242.

49 Cf. *ibid.*, pp. 31-32.

50 Cf. *ibid.*, p. 181.

51 Cf. *ibid.*, p. 174.

52 Cf. *ibid.*, p. 118.

tos de solidaridad y comprensión en los corazones, para que ningún anciano carezca del respeto, afecto y ayuda que necesita»⁵³.

A los enfermos y a quienes los cuidan: «A la Virgen Santísima del Pilar encomiendo las intenciones y necesidades de cada enfermo —hombre o mujer, niño o adulto— de España, así como las de cuantos se dedican al cuidado de los enfermos y a la asistencia sanitaria»⁵⁴.

A los emigrantes: María... es... Madre solícita de... los emigrantes»⁵⁵.

A los hombres del mar: «Todos están hoy aquí y a todos querría dirigirlos al Señor. Deseo hacerlo por el camino para llegar a Dios, siguiendo el impulso de la brisa favorable que hace avanzar la barca. Me refiero al amor a María Santísima, la Virgen Madre de Dios.

Que la Virgen del Carmen, cuyas imágenes asoman a las rías que hacen la belleza de esta tierra gallega, os acompañe siempre. Sea Ella la estrella que os guíe, la que nunca desaparezca de vuestro horizonte»⁵⁶.

A los peregrinos que se dirigen a los numerosos santuarios españoles: «Sé que, en muchos lugares de este país, la devoción mariana de los fieles halla expresión concreta en tantos y tan venerados santuarios... donde os unís con frecuencia en el amor a la única Madre de Jesús y nuestra...

Siguiendo a tantos millares de fieles que me han precedido, vengo como primer peregrino al Pilar... a ponerme bajo la protección de nuestra Madre...»⁵⁷.

Para finalizar pondremos en nuestros oídos y en nuestro corazón un único deseo del Papa para los españoles expresado en diferentes lugares de su visita a España: «Esa herencia de fe mariana de tantas generaciones ha de convertirse no sólo en un recuerdo de un pasado, sino en un punto de partida hacia Dios» (Acto mariano nacional de Zaragoza)⁵⁸. «Mantened siempre... una tierna devoción a la Santa Madre de Dios» (Discurso a los Religiosos y Miembros de Institutos Seculares Masculinos, Madrid)⁵⁹. «Permaneced siempre cerca de la Virgen Santísima» (A los religiosos, Madrid)⁶⁰. «Acogedla como Madre, como Juan la acogió al pie de la Cruz» (Ordenación sacerdotal, Valencia)⁶¹.

53 Cf. *ibid.*, p. 213.

54 Cf. *ibid.*, p. 185.

55 Cf. *ibid.*, p. 125.

56 Cf. *ibid.*, p. 255.

57 Cf. *ibid.*, p. 176.

58 *Ibid.*, p. 177.

59 *Ibid.*, p. 87.

60 *Ibid.*, p. 242.

61 *Ibid.*, p. 221.

Orientación bibliográfica sobre María y la reconciliación (*)

Por A. Rivera, CMF.